



16 DE SEPTIEMBRE DE 1810

ESTA FECHA tiene la peculiaridad de henchir de entusiasmo el pecho de más de un mexicano. Es que ella nos recuerda, a todos los que nacimos en México, que hubo una noche —la noche del 15 al 16 de septiembre de 1810— en la que vibró como un clarín de combate el grito viril de un hombre que en sus últimos pasos por la senda de la vida halló fuerza para empujar, a todo un pueblo, a la rebelión.

La palabra *libertad* ha tenido siempre el privilegio de hacer latir con más fuerza el corazón del oprimido; por ella suspira el esclavo; ella vive en los labios del presidiario como una plegaria de todos los días, de todas las horas, de cada minuto, de cada instante. Es la palabra-luz que ilumina las lobregueces del tugurio; es la palabra-color que tiñe de rosa la monotonía de una existencia incolora. El minero la evoca en sus tinieblas; el peón la balbuce sobre el surco; el obrero sueña en ella al pie de la máquina, y el albañil, cuando en el andamio oscila entre la vida y la muerte, la escucha como una música preñada de promesas y de esperanzas.

Nada de extraño hay en que la palabra libertad, pronunciada por los pálidos labios de un anciano, haya brillado con resplandores de sol la noche del 15 al 16 de septiembre de 1810, y que fuera saludada por los gritos entusiastas de todos los oprimidos. ¡Libertad!: palabra que significa

mucho, y que, al mismo tiempo, nada significa. Significa mucho si descansa en hechos; palabra vana cuando es un mero sonido.

Sonido, un simple sonido, armonioso y bello tal vez; pero nada más fue la palabra *libertad*, el grito ¡libertad! escapado de la garganta de Hidalgo la noche memorable en el pueblo de Dolores, porque si bien es cierto que produjo la independencia política de la Nación mexicana, no produjo, al mismo tiempo, la libertad de los mexicanos. México rompió las cadenas que lo ligaban a España; pero los mexicanos no rompieron las cadenas de la dependencia económica. El pobre continuó siendo pobre; el trabajador siguió dependiendo del rico bajo la República, como dependió de él bajo el Virreinato; el proletario continuó trabajando para el burgués, el sacerdote, y el gobernante, como lo hizo antes. La independencia política no produjo al trabajador mexicano ni un pedazo más de pan ni un jirón más de libertad, porque no fue acompañada de la independencia económica de todos y de cada uno de los componentes del pueblo mexicano. La libertad deja de ser una simple palabra y se convierte en hecho cuando tiene por base la independencia económica, esto es, la facultad de ganarse la subsistencia y la de la familia por medio de un trabajo útil, sin necesidad de alquilar sus brazos.

Por esa independencia hay que luchar: la independencia económica, que ella nos dará la libertad.

No hay, pues, que dejar las armas mientras no se conquistó la independencia económica. Dejemos de celebrar fiestas a una libertad que no existe, a una libertad que es sólo una palabra y no un hecho, porque esto es añadir el sarcasmo a la vergüenza de ser esclavos.

RICARDO FLORES MAGÓN

(De "Regeneración", 16 de septiembre de 1916).